

<http://revista.filosofia.cu/articulo.php?id=565>

Título: Volviendo sobre raza y desigualdad: a propósito de Sartre

Autor(es): Pérez Varona, Wilder

Fecha de publicación: 01 de Febrero de 2010

Los primeros años de la vorágine revolucionaria pasaban atropellándose, con la deuda de seculares problemas a resolver. Durante un encuentro con los intelectuales cubanos en que Sartre discurría sobre una multitud de temas - desde la política argelina de De Gaulle hasta el método fenomenológico y el realismo socialista -, fue interrogado por Nicolás Guillén acerca del origen del racismo y las condiciones de su desaparición.

Tras evocar la situación de Argelia como fundamento de su apreciación del racismo en tanto ideología legitimadora de una sobreexplotación económica, el pensador francés concluye:

"De manera que la única solución posible contra la segregación racial es, evidentemente, el fin de la explotación y de la excesiva explotación capitalista (...) Me parece que en un país como Cuba, donde la igualdad económica está en trance de realizarse, cuando ya no haya más discriminación originada en la miseria, cuando algunas competencias debido a la falta de trabajo, el desempleo, podrán suprimirse, cuando la propiedad colectiva haya aumentado lentamente, el racismo, en la medida en que existe aquí, estará muy cerca de eliminarse".[1]

Si volvemos ahora sobre aquella afirmación es debido a que sintetiza una concepción que ha prevalecido hasta hoy en nuestro episódico tratamiento de la cuestión racial, y a la que nuestra historia reciente parecería dar la razón.

Nos atenderemos en lo que sigue a examinar dicha tesis.

La comprensión del racismo como una justificación en el plano ideológico de una desigualdad de hecho existente, asentada sobre condiciones objetivas de la más cruenta explotación, es ya un lugar común. Sartre, familiarizado con la lucha de liberación de Argelia y prologuista de Fanon, no vacila en generalizar dicha experiencia de racismo colonial, otorgándole la forma de una regularidad de universal cumplimiento[2].

En el caso cubano, la idea de una nación homogénea, favorecida por las condiciones de una transculturación efectiva, ha prevalecido como hegemónica desde la precaria República de 1902. Desde el pensamiento abolicionista hasta la penosa integración alcanzada por las gestas anticoloniales en ascendente radicalización, los extremos representados por los proyectos de blanqueamiento insular y por la formidable síntesis martiana han confluído en esta premisa integracionista, sea en la forma prevaleciente de mestizaje, sea en la más contingente de depuración.

Ello no sólo decidió la eficacia de la enmienda Morúa y el aislamiento de los Independientes de Color, sellando además en su momento el destino del federalismo oriental como del nacionalismo negro de los 50, sino que hizo posible la prevalencia de la identificación de negros y mestizos con las clases explotadas en general, más que con una comunidad étnica particular[3]. Irónicamente, la afirmación racial de la población no blanca, su asunción como una identidad política relativamente autónoma, funcionó como la amenaza típica al nacionalismo integracionista, pese a que el dominio de esta concepción, en su expresión más radical, llevaba la huella del sacrificio masivo de negros y mestizos.

La reproducción de una cultura racista luego de transformadas las condiciones coloniales más ostensivas, con expresiones diversamente segregacionistas o discriminatorias, promovió la permanente subordinación socioeconómica y política de la población no blanca. Defraudada una y otra vez por los partidos en boga, mostró coyunturalmente su adhesión a las demandas de los comunistas, hasta que el Gobierno provisional de la triunfante revolución declaró en su Ley Fundamental y reiteró en intervenciones públicas - como la del 22 de marzo - su disposición a llevar a vías de hecho la declaración de 1940.

El optimismo de Sartre parecía entonces fundado, a dos años de iniciada la empresa de subversión.

La población no blanca estaba siendo particularmente favorecida por las medidas de redistribución, no en razón de una estrategia de acciones afirmativas y directas, sino debido a su histórica relegación entre los grupos más socialmente desaventajados. La política educativa, social y cultural de la joven Revolución ponía fin a las expresiones ostensibles de segregacionismo y discriminación, transformando la composición racial de los espacios urbanos y la situación de los campesinos y obreros agrícolas, garantizando el pleno empleo y el libre

acceso a centros recreativos y a los sistemas de educación, salud y seguridad social, con lo que hizo posible una movilidad inédita para estos grupos.

En particular, los valores de igualdad y justicia social se materializaron no sólo en dicha política igualitaria, sino en la inserción de negros y mestizos en la nueva sociabilidad que pugnaba por tomar parte de un ejercicio cotidiano del poder, que fomentaría la superación de particularismos por medio de los vínculos interraciales en pos de objetivos comunes.

La participación popular y los acontecimientos heroicos consolidaban la nación, el racismo se escurría, calladamente, tras la pléyade de desigualdades que se suponían relegadas a un pasado miserable. El vaticinio de Sartre parecía cumplirse...

Si bien la preocupación por la cuestión racial resurge de su público mutismo ya adentrados los ochenta, sólo la doble incidencia de la crisis y de las medidas de reajuste mostró, tímidamente acogido al principio, el fenómeno en toda su magnitud.

Una vez más el persistente legado colonial, tolerado apenas como reminiscencia, hallaba nueva ocasión de expandirse en el modo de percibirnos, ante el brote de desigualdades que transformó nuestro panorama social. La asimetría con relación a la vulnerabilidad y a las posibilidades de adecuación a las nuevas condiciones se hizo evidente, a nivel territorial como socioclasista, y en ambos casos la población no blanca resultó ampliamente concernida.

Sin embargo, se ha hecho cada vez más difícil desconocer que, si bien la desigualdad racial no puede concebirse al margen de la desigualdad social, no puede ser ya comprendida únicamente bajo este término general, ni como parte, ni como derivada de la misma.

Las políticas igualitarias, pese a haber promovido condiciones inéditas de igualdad social y de integración cultural, se han mostrado limitadas para impedir la reproducción de elementos valorativos cotidianos de categorización racial, de mecanismos de exclusión y marginalización que, contrario a como suele afirmarse, se hallan lejos de permanecer relegados al ámbito privado. Los datos de diversas investigaciones[4] muestran, a despecho de las imprecisiones censatarias, su objetivación a todos los niveles de la escala social, aún en aquellos ámbitos en que su eliminación había sido una meta explícita, como espacios laborales favorecidos, la educación superior o las instancias gubernamentales.

Por otra parte, el modo de reducir la explicación del racismo a condiciones objetivas socioclasistas, enfatizando en la naturaleza y composición de los actores sociales, los modos de empleo o las condiciones de vida, han soslayado la referencia a las relaciones de poder entre clases y grupos sociales. No solo aludimos a las limitaciones, dadas las nuevas condiciones de diversidad social, de las formas y espacios de participación acuñadas con éxito en los sesenta, o aún a los intentos de renovación que no han logrado, sin embargo, equilibrar la lógica centralizada y verticalista, sino también a la reproducción más sutil pero omnipresente de patrones culturales occidentales de larga data[5].

Ante la premura de importar clasificaciones de otras realidades para el modo singular en que se ha expresado la cuestión racial entre nosotros[6], o contra la ambigüedad de su tratamiento en el orden de los prejuicios, puede evocarse, como reiteradamente se ha hecho[7], la persistente relegación de la negritud en la representación de lo nacional, en aquellos espacios que Althusser bautizó como *aparatos ideológicos del Estado*, desde los medios masivos de comunicación hasta las instituciones educacionales o las pautas de reproducción familiares. A despecho de voluntades políticas o intenciones institucionales, e incluso a contrapelo de la tendencia real a la transculturación y al mestizaje, la relegación simbólica resulta casi palpable. La nueva exposición a patrones de mercado y a tendencias globales de una racialización cada vez más ubicua - de las relaciones socioculturales y de programas políticos como académicos - no hacen sino complejizar la problemática y la viabilidad de las alternativas posibles.

Tras décadas de silencio con respecto al tema, vivimos una realidad para cuya comprensión hemos avanzado poco desde aquella respuesta de Sartre, particularmente en términos de estrategia política.

La recomposición de lo nacional en que nos hallamos inmersos debe superar omisiones históricas por vía de una deliberación cotidiana que nos comprometa a todos. A fin de cuentas, Sartre no se equivocó en algo: mientras muchos intelectuales y científicos se habían agotado en desalojar de los predios de la ciencia la idea de raza, la solución del filósofo se encaminaba a hacerse pleno cargo de la realidad histórica del racismo, denunciando las condiciones que propiciaban su reproducción.

Sólo que hoy sabemos que la igualdad y la unidad no son sólo metas a alcanzar, sino, de manera permanente, problemas a definir.

[1] En Torres Cuevas, E. (coord.), *Sartre-Cuba-Sartre. Huracán, surco, semillas*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2005, p. 36.

[2] Sin embargo, resulta evidente que tal explicación dejaría a oscuras buena parte del devenir de las prácticas racistas en el interior de la propia Europa occidental, desde los *Estatutos de Limpieza de Sangre* hasta el antisemitismo militante nazi. Observemos de paso que tales prácticas jugaron un papel nada despreciable en la azarosa conformación de los Estados nacionales de la región, así como en el posterior afianzamiento de las posturas nacionalistas.

[3] Bobes, Velia C. "La cuestión racial en Cuba", *Perfiles Latinoamericanos*, enero-julio 1996.

[4] Cf. Espina, Rodrigo y Pablo Rodríguez, "Raza y desigualdad en la Cuba actual", *Temas* no. 45, 2006, pp. 44-54.

[5] De ahí que buena parte de las reflexiones más valiosas que ha motivado el tema recurran a nuestra historia nacional y regional para dar cuenta de elementos constitutivos aún actuales de nuestra nacionalidad.

[6] Aludimos a tipologías que han pretendido categorizar nuestro racismo como sociológico, diferencialista, residual etc.

[7] La obra reciente de Esteban Morales (*Desafíos de la problemática racial en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2007), o los artículos de antropólogos como Juan A. Alvarado ("Relaciones raciales en Cuba. Notas de investigación", *Temas*, no. 7, 1996, pp. 37-43), constituyen una delación de esta realidad.